

Vientos que soplan fuerte

A. B. Batista



Capítulo 1

La besó con pasión mientras le hacía el amor en el camarote de aquel barco abandonado que había encontrado al otro lado del bosque, el mismo que les había servido de escondite para consumir lo que sentían. Quizás debieron haber informado inmediatamente a los demás. Era su deber como capitán del Estrella Fugaz, pero como amante hubiera perdido su escondite. Tal vez se sentía más amante que capitán.

Mientras la penetraba se olvidaba de todo. No recordaba que existía un mundo a su alrededor, ni una tripulación que confiaba en él, ni que aquella dama, a la que amaba con todo su corazón desde el primer día que le vio, era la mujer de su mejor amigo.

Las horas pasaban y el ocaso llegaba. Ellos permanecían acostados en la cama del que fuera capitán de aquel barco, y ella con su cabeza recostada sobre su pecho desnudo. Seguramente habían naufragado como ellos, pero se veía en excelentes condiciones, como si hubieran desembarcado ahí, en medio del bosque. La cerveza agría de la bodega se mantenía de sus barriles. Era como si el barco estuviera aguar...dando el regreso de una tripulación que intacto dentro jamás volvería.

—Debemos regresar —le dijo él mientras acariciaba con ternura su largo cabello negro.

—Solo un poco más —le suplicó ella y, como cada vez que le miraba con sus ojos negros como su largo cabello, logró convencerle.

Cada vez que terminaba de hacerle el amor, la culpa regresaba a él. Amaba a Markilaj tanto como a un hermano. Habían vivido juntos tantas aventuras en el mar que era difícil recordar todas, y le había salvado tantas veces la vida... pero nada de eso le importó cuando vio a su amada esposa subirse al Estrella Fugaz, había quedado enamorado de ella desde el primer momento, así como ella de él.

—Esta es Diara —le había dicho Markilaj cuando se la presentó en puerto, justo antes de abordar—, la chica que me ha hecho creer en el amor.

Tomó su mano y la besó con ternura.

—Yo también hubiera creído en el amor si la hubiera encontrado antes —le mintió con una sonrisa, porque él también había empezado a creer en el amor desde aquel momento.

Observó cómo la joven se ruborizaba y le regalaba la sonrisa más

hermosa que había visto en su vida.

Desde entonces navegaron hacia el lejano reino de Leron, para llevar a su rey un importante cargamento de hombre: desde jóvenes a ancianos soldados recién reclutados de las salvajes Tierras Blancas. Pero nunca llegaron. Una fuerte tormenta les azotó en medio del Océano Gris, y tanto el Estrella Fugaz como el Bello Horizonte, el Cetro del Mago, el Monarca Blindado, el Hechizo del Druida y el Furor Negro, llegaron destruidos a ese lugar, pero con su tripulación ilesa. El Mascota del Perro y el Valiente Herrero desaparecieron, junto a la mayoría de su tripulación.

Durante meses habían intentado reparar alguno de los barcos, pero todo parecía en vano, simplemente, parecían atrapados en aquel lugar.

—¿Cuándo les diremos lo que hemos encontrado? —le preguntó a Diara.

—No todavía —le respondió y besó sus labios.

—Debemos hacerlo en algún momento, este barco nos podría sacar de a...

—ella volvió a callar sus palabras con un beso.

—No pienses en eso —le dijo, y volvió a introducir su miembro en su interior y comenzaron de nuevo a hacer el amor.

Ella gemía de placer mientras él besaba cada parte de su cuerpo y le hacía el amor con pasión, lenta y delicadamente, saboreando cada momento como si fuera el último. Quería que fuera eterno, que aquel instante nunca terminara, que se congelara el tiempo para no tener que volver a la realidad...

Sintió un fuerte golpe que derrumbó la puerta del camarote. Para su decepción, era Markilaj, junto a una decena de hombres.

Corrió hasta no poder más y luego, siguió corriendo. Pretendía alejarse de aquel sitio lo más rápido posible para no tener que matar a quién consideraba su hermano ni hacer daño a la única mujer que había sido capaz de amar. "¡Lo sabía! Debí haber escuchado a las señales. No quise hacerlo. ¡Estúpido! ¡Estúpido!" Se había resistido a aceptar que Elannyus le estuviera haciendo algo así.

A su mente vinieron los buenos recuerdos con él: la batalla de Arrollo Grande, el viaje a Círculo del infierno, sus aventuras por el Océano Desconocido... buscó en su mente algún momento que justificara lo que Elannyus, pero no encontró ninguno, ni tan siquiera un pensamiento. Recordó aquella vez que la tripulación casi le tiró por la borda, y él fue el único que le defendió y mató a los cabecillas de aquella rebelión con el

buen uso de su espada.

—¡Está bajo mi protección! —le había advertido a la tripulación.

También recordó los momentos que vivió con Diara. La primera vez que le vio fue en el reino de Gera, estaba a punto de ser quemada en la hoguera, acusada de brujería. A pesar de que los cargos eran reales, le rescató y huyó con ella hacia Beydy, donde Elannyus le aguardaba en su Estrella Fugaz para llevarle hombres al rey Guarem III, de Leron.

Sus piernas le estaban comenzando a fallar, pero aún así continuó corriendo. Mas fue un barranco el que detuvo su carrera. Se deslizó por él y cayó dentro de un hoyo que había en el suelo. Este hoyo era profundo, tanto que Markilaj cayó durante un minuto, y mientras lo hacía, pensaba que sería el fin. Pero un río subterráneo aplacó su caída. Se lamentaba el no haber caído en una superficie rocosa o puntiaguda que culminara su agonía. Pensó en no lugar y dejarse arrastrar hasta las profundidades y, si los dioses eran benevolentes, morir rápido y sin dolor. Pero una voz muy familiar para él le llamaba desde la superficie.

—Oh, Markilaj. Oh, Markilaj —decía la voz—. Ven.

Era la voz de un hombre, pero era dulce como la de una mujer joven, y tierna como la de una madre.

Nadó hacia la superficie con todas sus fuerzas. Sabía que debía aferrarse a la vida. Salió del agua y escupió la que había tragado, tosía y respiraba con dificultad. Buscó con la mirada al dueño de la voz, pero solo vio rocas y cuevas. Miró hacia arriba y vio la lejanía del aquel hoyo por el que había caído. Sin dudas, no era una opción de escape.

—Por aquí —le susurró la misma voz desde una de las cuevas. Su instinto le decía que debía seguirla, pues era su destino.

—“Tal vez fuera mi destino esta traición” —pensó.

La caverna era tan oscura que no podía ver donde pisaban sus botas de cuero, solo veía un punto tan brillante y lejano como una estrella en el cielo oscuro. En su corazón, sabía que debía llegar hasta ahí.

Mientras más se acercaba, comenzó a recordar un mito que les había contado un viejo pirata borracho el día que lo capturaron mientras saqueaba en los mares del Leron. Hablaba de una especie de artilugio que podía convertir a los hombres en dioses. Decía que la buscaba desde que era joven, pero nunca lo había podido encontrar. Incluso, hablaba que había perdido su barco cuando más cerca estaba, lo llamaba el Algebros que, para su coincidencia, era el nombre del barco en el que había

encontrado a Daria y a Elannyus.

A Markilaj siempre le había encantado los mitos como aquellos, quizás a causa de su deseo frustrado de convertirse en pirata. Recordaba a la perfección aquella leyenda: "Encontrará su camino, de nuevo. A causa de la traición verá la luz, de nuevo. Renacerá como quien no quiere morir, de nuevo. Y se convertirá en nuestro dios, de nuevo."

La traición ya la había vivido, y estaba viendo una luz...

Sonrió cuando entendió lo absurdo de sus pensamientos. ¿Él convertido en un dios? Más fácil sería que lo hiciera Lauguz, el perro del viejo Omer Piesdescalzos. Además, ¿qué clase de dios sería? Seguramente uno que estuviera con putas todo el día. Aunque tal vez obligaría a Diara a estar con él. Podría decidir sobre el destino de cualquiera. La simple idea le revolvió el estómago. No sabía si podría volver a compartir el lecho con ella, ni tan siquiera si le podría volver a mirar a los ojos.

La luz cada vez estaba más cerca y se hacía intensa, pero, aun así, no alumbraba aquella cueva. Era como si la luz fuera espiritual e incapaz de alumbrar el mundo físico en el que se encontraba Markilaj. Cuando estuvo a escasos metros delante de ella, pudo ver que no era una estrella, era él mismo que yacía dormido en posición horizontal, flotando en el aire. Sobre su vientre, un puñal descansaba. Entonces recordó la última frase de la leyenda: "...debes matarte a ti mismo, de nuevo". Aquello lo erizó por completo.

Observó detenidamente el rostro resplandeciente de aquella "estrella". Todo el suyo propio notando que eran idénticos.

—Debo matarme a mí mismo —se dijo—. Esa es la única forma de renacer.

Tomó la daga en el vientre de la "estrella", y sin pensarlo dos veces lo clavó en su corazón.

Siguieron su rastro hasta aquel hoyo. Elannyus se asomó y dejó caer la antorcha. Era una larga caída.

—Abajo hay agua —dijo—. Quizá eso aplacó su caída. ¿Tenemos cuerda?

—No es tan larga como necesitamos, capitán —le contestó Omer Piesdesclazos, cuyo perro había ayudado a seguir el rastro de Markilaj.

—Debemos encontrar una forma de entrar, puede que esté vivo. ¡Busquen cuevas! —ordenó.

Antes de que pudieran cumplir su orden, una luz muy brillante emanó del hoyo, lo que les hizo detenerse a observarla.

—¿Qué demonios...? —alcanzó a decir Elannyus al ver como Markilaj ascendía levitando de su interior.

Tenía los ojos distintos, eran rojos como la sangre.

—Elannyus —dijo—. Solo una cosa te diré: maldito serás en el amor, todas tus amantes morirán. Y tú, Diara, tú no morirás...

Diara no parecía temer, siempre le había parecido una mujer valiente.

—... desterraré tu alma al fondo del mar por mil años —le dijo—. Luego resurgirás y ya no serás bella ante los ojos de ningún hombre, solo ante los míos.

Markilaj desapareció antes sus ojos, y el cuerpo de Diara se desplomó sin vida.